

el progreso es algo natural en la evolución del hombre pero, vamos, echo de menos aquella forma de vida.

Mi verdadera vocación era la Medicina, pero mi padre, con sus cosas de señor antiguo, me indujo a elegir la profesión de maestra y terminó convenciéndome porque los niños me gustan con locura. Al mismo tiempo que Magisterio, hice Comercio. En fin, he sido una *empollona*, siempre me ha encantado estudiar.

Ejerció como maestra en Fuencaliente, Cinco Casas y El Torno, dejando un especial recuerdo de su estancia por aquellos lugares,

—¡Ya lo creo! Cuando estuve en Fuencaliente eso de los autobuses con línea directa, ni soñarlo. Tenía que ir hasta Puertollano para coger luego un trenecillo de vía estrecha que me dejaba a 22 kilómetros del pueblo. A partir de ahí le tocaba el turno a la burra, a las piernas, al carrillo o a lo que fuese. Una tarde, subidas en un coche de la Guardia Civil, mi compañera y yo, empezó a nevar con tan mala suerte que el vehículo se paró en mitad del camino y lo único que pudimos hacer fue echar el capote de los guardias sobre una encina y acurrucarnos hasta que, ya muy entrada la noche, pasó un camión que nos

un pelo brillante y cuidado que pone en manifiesto los mimos recibidos por su dueña.

—Es una perra muy buena y la gente me dice cuando la ve: “Mira, Maruja, tu hija”, porque piensan que la trato con demasiado esmero. Volviendo a lo que te contaba, en Fuencaliente lo pasé muy bien porque, aunque no había luz, nos juntábamos en el comedor la hija de la patrona, su novio, mi compañera y yo, y jugábamos a las cartas. Las prendas eran bellotas, castañas, nueces..., nunca apostábamos dinero. Tampoco es que se pudiera gastar mucho, porque mi sueldo no subía de las 300 pesetas, y encima me conside-

“Mi verdadera vocación era la Medicina, pero mi padre, con sus cosas de señor antiguo, me indujo a elegir la profesión de maestra”



“fíjate, después de casi cuarenta años, la gente que conocí entonces me sigue escribiendo”. La dura postguerra española no le permitió el *lujo* de los recreos, cuando Maruja apareció por allí los niños llevaban cinco años sin pisar una escuela, “hasta los domingos teníamos clase y la alternábamos con las Eucaristías que celebraban los franciscanos de Alcázar”. Y es que ellos se acercaban cuando podían, normalmente cada dos domingos. En la víspera de la celebración, a Maruja le tocaba acondicionar la sala de una bodega que servía, al mismo tiempo, como aula y capilla.

Desde entonces ha llovido.

llevó a la estación. Pero el tren había descarrilado en Conquista y tuvimos que quedarnos en la sala de espera toda la noche, los guardias, nosotras, el personal de la estación... Era pasar penalidades, pero me gustaban tanto los críos, que las olvidaba en cuanto nos reuníamos en la escuela. Sentía predilección por los párvulos, y en mayo los llevaba a la iglesia todas las tardes.

Estábamos sentadas en una habitación inundada de luz entre aparatos, peces y macetas—la sala principal del observatorio—cuando apareció una perra. Rebeca, que así se llama, compensa con creces su falta de *pedigree* con

raba afortunada. El último pueblo donde estuve se llamaba El Torno, un anexo de Porzuna.

—Tu trabajo como maestra sólo duró seis años, ¿por qué lo abandonaste si tanto te gustaba?

—Mis padres ya eran muy ancianos, mis hermanos no vivían en Ciudad Real y yo, mientras estuve por los pueblos, me había preparado a fondo la meteorología, que era lo que más me gustaba después de la medicina. Amplié mis conocimientos de física, matemáticas, geografía e historia natural, incluso, porque las observaciones con los animales y